

## Inti: Revista de literatura hispánica

---

Number 89

*Dossier: La Literatura de Resistencia a la  
Violencia Urbana, Coordinan, María Rosa Lojo y  
Marcela Crespo Buiturón*

Article 17

---

2019

### Caminos

Jorge Wiese Rebagliati

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

#### Citas recomendadas

Rebagliati, Jorge Wiese (April 2019) "Caminos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 89, Article 17.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss89/17>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [elizabeth.tietjen@providence.edu](mailto:elizabeth.tietjen@providence.edu).

## **Caminos**

**Jorge Wiese Rebagliati**

*Uno*

### VEGETACIÓN DE LOMAS

También es posible pasear por Lachay en agosto.  
Entre Chancay y Huacho,  
los espacios a ambos lados de la Panamericana  
prolongan con pocos matices  
los pobres grises del cielo.  
Todo cambia en la entrada:  
la vegetación de lomas  
-la pradera de asfódelos-  
extiende su verde interrumpido  
por los rosas, los lavandas, los fucsias  
-aquí y allá, algún amarillo-  
de humildes floraciones.  
Llegamos. El guardián nos enseña el mapa  
y nos anima a subir.  
Escogemos la ruta de la tara,  
aunque -como queremos pasar por el puquio-,  
decidimos caminar también  
por parte de la del zorro.  
La cornisa del sendero solo permite  
a uno o a dos a la vez,

pero al principio  
hacemos camino casi solos,  
o sea que no importa mucho.  
Salvo la música aislada de un gorrión  
y los vuelos ágiles de las santarrositas,  
solo somos nosotros, el sendero y el paisaje.  
La niebla baja lo envuelve todo,  
de tal manera que poco más allá de lo inmediato –  
heliotropos, calabacines (¿serán ñajús?),  
tabaco silvestre-  
de un fondo indiferenciado  
–las sordas humedades–  
surge primero una sombra  
que solo luego, cuando nos acercamos,  
reconocemos como ramas sin hojas,  
tronco: el garabato tenso de un árbol.  
Dependemos solo de la mirada:  
la vegetación epífita  
de hierbas y de hongos que se aferran  
al tronco y que reproducen en él  
un Lachay mínimo,  
las gotitas de agua que cuelgan  
de las ramas  
como si sus frágiles mundos  
fueran las flores de un arbusto bajo,  
aparentemente seco,  
son solo eso: nuestras miradas.  
Las cosas aparecen y se van.  
Caminamos. Dos grandes moles de granito,  
apoyadas una sobre la otra,  
nos hacen puerta.  
Pasamos. Caminamos. Subimos.  
Un mirador desde donde no se ve nada  
sirve para demostrarnos  
que nuestros rostros  
son el único testimonio del mundo.  
De pronto, te alejas.  
Has reiniciado el camino  
antes que nosotros:  
en lo alto, solo una silueta  
casi borrada por la niebla  
y, luego, solo la bruma cerrada.  
Apuré el paso,

pero todo estaba tan incierto,  
 tan a ciegas,  
 que te confundí varias veces  
 con una piedra o con un árbol.  
 Al final, te encontré.  
 Estabas esperándome.  
 Esperamos al grupo. Bajamos todos juntos.  
 Se oían a lo lejos  
 voces de niños, instrucciones de padres,  
 alguna música perdida:  
 las señas cotidianas  
 de que estábamos  
 regresando al principio  
 y de que nuestro viaje terminaría  
 -¿fuimos negligentes?, ¿hicimos lo que debimos?-  
 allí donde había empezado.

*Dos*

[W.A. Mozart, *Abendempfindung an Laura*, K.V. 523]

*A María Clemencia  
 A los amigos reunidos en Potsdam*

El día se va  
 por los altos aires de las arboledas.  
 Nuestros pasos en la grava  
 y algunas voces desperdigadas  
 convierten al silencio  
 en un fondo asordinado  
 que recoge en sí a todo el parque  
 de Federico  
 (también a nosotros).  
 A lo lejos,  
 el rumor de un hilo  
 que se despliega  
 contra esa nada intermitente  
 busca envolver el mundo

sin tocarlo.  
Más cerca,  
tu voz nos inunda  
de planeta, y alrededor  
de ella, todos nos volvemos,  
armónicos,  
círculos concéntricos  
de tus tonos,  
hasta que, sobrecogidos por ellos,  
atisbamos el fondo turbio de lo que somos:  
horas doradas  
que se van bailando  
y solo nos dejan  
    las cenizas esparcidas  
de su memoria.